

HOMILÍA

Solemnidad de Cristo, Rey del Universo. Ciclo C

Lc 23, 35-43

a. Contexto

Hemos llegado al final del año litúrgico. El misterio de Cristo, que celebramos en la liturgia dominical y festiva especialmente concluye con la gloria de Dios en su Hijo.

Él es el centro de toda la creación, una llamada a entrar totalmente en el ámbito del plan de Dios, en su Reino. Pero tenemos alguna tarea pendiente, ¿recuerdas?

Habíamos quedado en que rezar, meditar, vivir la Sagrada Escritura en la liturgia partía de la fidelidad exegética al texto recibido? Pues eso, desde la fidelidad al texto se puede y se debe adaptar la Biblia a la vida.

Y esto se hace, entre otras formas, a través de la homilía. Por eso decía el otro día que no hay incompatibilidad entre exégesis y homilía, que no debe haberla... Que nadie se debe encerrar en su visión parcial, por muy exacta que sea y muy legitimada que esté. Cada una de ellas hace su función, y hay que reconocer que el tema no es sencillo.

De ahí nuestro esfuerzo -y el de otros, más preparados- por hacer cada domingo de la homilía una ocasión para rezar, vivir, meditar la Palabra de Dios, en cuanto que ilumina y da fuerza a nuestra vida diaria.

¿Un ejemplo en concreto? Ahí va: se pueden hacer variaciones del texto siempre partiendo de una exégesis crítica e histórica, como un modo de adaptar sus enseñanzas a la vida real.

Una de esas variaciones: la parábola del hijo pródigo, por ejemplo, que presenta a la madre recibiendo al hijo: ¿qué pensaría, o sentiría esa madre, o el hijo al verla a la puerta de la casa en actitud de espera ansiosa?

De aquí, en la fidelidad exegética de fondo al texto sagrado que tenemos, podrían surgir infinidad de sugerencias para despertar ideas, sentimientos, opciones de vida al estilo de la misericordia de Dios.

Mucho de esto lo ofrece el evangelio de Lucas. Es sólo un ejemplo. ¿Y si en la parábola de la oveja perdida meditamos sobre una situación paralela: que se perdiera el pastor...?

¿Qué nos diría esa situación, partiendo de lo que descubrimos en el texto? Son como las reflexiones que podría brindar el predicador a raíz del comentario exegético (crítico e histórico, aunque breve) de la perícopa.

O sea la tarea homilética, adaptada a la comunidad que la celebra y la vive. Bueno, el pasaje de hoy nos coloca ante el acontecimiento de la Cruz, el trono donde comienza a reinar el Señor.

Antes se encuentra la narración del camino de Jesús hacia la cruz (cf. Lc 23, 26-32), y a continuación, la muerte del Señor (cf. Lc 23, 46-49), dentro del relato de la pasión según Lucas.

b. Texto

En este clima, la realeza de Jesús supera la del mundo, no es de este mundo, ni se rige por sus leyes (cf. Jn 18, 36). Así, Jesús es proclamado en la cruz Rey de los judíos (cf. Lc 23, 38).

Pero no como quien domina sobre las naciones (cf. Lc 22, 25), sino con la misericordia (cf. Lc 23, 43: perdón al ladrón arrepentido). El relato lucano de la pasión está plagado de alusiones al A.T. (cf., por ej., Sal 22).

Con ellas nos hace ver que en Cristo se cumplen la profecía, las Escrituras Santas (cf. Lc 24, 25-27). Lo característico de este evangelio, la misericordia de Dios, se hace patente especialmente en la muerte de Jesús.

Así se vio ya en el sermón de la llanura (de la montaña, según Mateo), síntesis de las enseñanzas del Señor a sus discípulos (cf. Lc 6, 27-35). La primera consecuencia es una lección de misericordia divina.

Se da en los primeros mártires cristianos: en contra de lo que acontece en el A.T. (cf. 2 Mac 7, 19), Esteban muere perdonando a sus verdugos (cf. Hech 7, 54-60).

Por tanto, donde mejor se retrata la acción redentora de Cristo es en el perdón de los que lo crucifican, en coherencia con la figura de Jesús propia del evangelio lucano.

El pueblo judío permanece atento a la figura crucificada de Jesús. En contraste, son los jefes del pueblo y los soldados paganos quienes se burlan de Cristo crucificado, en línea con el resto del evangelio de Lucas. Éste resalta las características mesiánicas de Jesús en la Cruz. De ahí que el redactor presente a dos ladrones de reacciones distintas ante el Señor Crucificado.

De ellos, uno lo rechaza, el otro pide perdón y lo obtiene, mientras en el texto de Marcos los dos ladrones insultan a Jesús (cf. Mc 15, 32). Lucas, por tanto, habla de dos formas de responder a la salvación de Dios.

Una es la aceptación, otra, el rechazo. Son las posturas que caben ante el anuncio del reino que hace Jesús a lo largo del evangelio lucano.

c. Para la vida

¿Qué habríamos hecho nosotros, colocados junto a la Cruz de Cristo, amigos y amigas?
¿Seríamos como el buen ladrón o habríamos rechazado la gracia de Dios, justamente al alcance de nuestra mano?

Se trata de preguntas que conviene hacerse, a modo de aplicaciones del texto bíblico a nuestra propia existencia cristiana. Porque aquí, hermana, hermana, es cuestión de respuesta personal, ¿no?

O sea, que no predomina en este asunto la costumbre o lo que hacen los demás o los hábitos sociales o la influencia del ambiente o los otros condicionamientos sociales o las pautas grupales de conducta, o... ¡qué sé yo!

No, amigo, aquí el lenguaje sociológico, o el psicológico (buenos como forma de análisis de la realidad) no valen, es decir, no bastan. En el fondo se trata de la libertad de cara a Dios.

Y no te engañes. Las verdades políticas, o sea, lo apropiado decir, lo que pega comentar cada momento no basta. A la hora de la verdad, o actúas en la misericordia de Dios, o te pierdes (¡nunca mejor dicho!)

Tú y tu respuesta a la gracia no se camuflan, ¿sabes? No es cuestión de simplismos, amigo: ¡no! Claro que las ciencias humanas tienen un enorme valor para explicar la conducta, las opciones: ¡claro que sí!

Lo que pasa es que la última palabra, en definitiva, depende del misterio de la libertad humana, ¿estamos? Porque, amigo en la fe, la libertad humana es un misterio, no queda definitivamente explicada.

Ninguna ciencia positiva o humanista lo logrará, por muy necesarias que éstas sean: ¿o sí...? Yo me alegro con el don de la gracia salvadora de Dios, que se me ofrece a mi lado, como al buen ladrón (y al otro).

Me alegro del gesto que me invita a entrar en el reino de Dios, el de la misericordia, la verdad, la justicia, el amor, el de Dios, el único reinado (Reino) de Jesucristo.

Reza conmigo y con el buen ladrón al Señor para que el misterio de tu, de mi, de nuestra libertad se incline a pedir misericordia: ¡ahora sí tocamos techo de la autonomía humana, de la talla del hombre moderno!

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
antoniorojas.sdb@gmail.com